

la República; lo quinto, que, reelegido el Presidente, tendrá que habérselas con la Revolución y que sucumbirá en esta lucha; y, por último, que, cuando estas cosas hayan sucedido, comenzará para la Francia, y aun para la Europa, una nueva época revolucionaria de peor especie y más peligrosa que todas las anteriores.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARÍS, 15 de Agosto de 1851.

Muy señor mío: Todas las tendencias que he señalado á usted en mis anteriores se van desenvolviendo progresiva y rápidamente, hasta el punto que hoy es ya posible formar un juicio, si no completo del todo, acertado en parte á lo menos, del estado de las cosas públicas en Francia. La tendencia manifiesta de todos los sucesos es abatir y disolver todos los partidos, y humillar todas las barreras que se levantaban entre Luis Bonaparte y la Revolución. La confusión de las cosas públicas, las tinieblas en que estaban envueltos los designios de la Providencia sobre este pueblo, desventurado á un mismo tiempo y grande, procedían principalmente de la multitud de elementos que era menester tener presentes para calcular qué soluciones eran posibles, y qué soluciones, entre las posibles, eran probables; porque, por un lado, estaba el bonapartismo, que, dueño de lo presente, aspiraba á serlo de lo futuro; por otro, el orleanismo, que aspiraba á convertir lo futuro en justo medio entre lo presente y lo pasado; por otro, el legitimismo,

que aspiraba á la restauración de las antiguas tradiciones; y, por último, la Revolución, preparándose siempre para nuevas empresas y para nuevas hazañas. Usted conocerá fácilmente cuán difícil era en semejante situación aventurar un cálculo y formular una opinión sobre los tiempos venideros.

Hoy, empero, las cuestiones se van simplificando, y por lo mismo esclareciéndose. El partido legitimista, que dejé en estado de disolución en mi carta última, está hoy completamente disuelto; tres son sus órganos en la prensa periódica: *La Unión*, *La Opinión Pública* y *La Gaceta de Francia*; cada uno de ellos echa por diverso rumbo, y va por diverso camino: *La Gaceta de Francia* quiere una Monarquía apoyada en la democracia; *La Unión* la quiere apoyada en el Parlamento, y *La Opinión Pública* se separa de *La Gaceta* por los principios, y de *La Unión* por la conducta. Todas estas discordias, en otro tiempo latentes, han estallado con estrépito en estos últimos días. La reunión legitimista de la calle de Rívoli se ha dividido en bandos, y á la hora en que escribo puede afirmarse que el partido legitimista no existe: de los que le componían, unos buscan un candidato presidencial y no le encuentran; otros, y son los más, buscan en Luis Napoleón un puerto para su refugio.

El partido orleanista lleva en su seno el germen de una disolución inmediata. Inmediatamente después que escribí á usted mi última, comenzó á resonar por los salones, y luego por los periódicos, una nueva candidatura para la Presidencia: la candidatura del príncipe de Joinville. Esa candidatura, no rechazada por el Príncipe, es una abdicación verdadera y tristemente lamentable. Cuando los hombres que tienen la honra y la dicha de ser individuos de una familia de Reyes ceden al mal consejo de vestir la humilde túnica de los candidatos, y de presentarse con ella, á la manera de los antiguos gladiadores, para recibir los aplausos de las muchedumbres, las familias reales están de todo punto perdidas. La familia de Orleans, que ha tenido á menos inclinar la frente ante el jefe augusto de su



raza, tiene á mucho doblar la rodilla ante la Revolución, y se da por dichosa si obtiene sus sufragios. Este espectáculo repugnante destroza el corazón, y ese funestísimo ejemplo no será perdido para las revoluciones. Lo que hoy falta á todos, particulares y Reyes, es la ciencia que consiste en resignarse á la desgracia, por donde todos vienen á perder su dignidad sin dejar de ser desgraciados: los Príncipes ignoran cuán incapaces se muestran de sobrellevar la prosperidad en el hecho mismo de mostrarse incapaces de sobrellevar el infortunio. Los Príncipes de la familia de Orleans deberían haber comprendido que, al punto á que han llegado las cosas, son poco para ser Reyes y mucho para ser republicanos, bastante para ser Príncipes en la corte del Rey que es su pariente; no habiendo conocido lo que debieran conocer, quedarán perpetuamente inclasificados en la sociedad francesa, porque ni serán Reyes, ni Príncipes, ni republicanos.

La candidatura del príncipe de Joinville no producirá sino dos efectos: desautorizar al orleanismo y arrojar al legitimismo en brazos de Luis Napoleón, que le recibirá con los suyos abiertos. De esta manera, desautorizado el partido orleanista y disuelto el legitimista, no quedan en pie sino el partido bonapartista y el revolucionario.

Uno y otro se disponen para la gran batalla: el revolucionario con sus Manifiestos, con su propaganda silenciosa y activa, con sus promesas de un porvenir de holganza, puestas en los oídos de todos los proletarios; el bonapartista con sus promesas de orden, con su propaganda administrativa, con su llamamiento á la concordia y á la unión de todas las fuerzas sociales y de todas las pasiones conservadoras. La gran dificultad está ahora en averiguar cuál de los dos es el que pierde, y cuál de los dos es el que gana terreno. Mi opinión particular es que ninguno pierde terreno y que ambos le ganan. El bonapartista tiene por sí la mayoría de la Asamblea nacional, y la cuasi unanimidad de los Consejos de distrito y de los Consejos generales; el revolucionario tiene por sí esas muchedum-

bres innominadas que se agitan como un torbellino destructor en todas las sociedades subvertidas y revueltas.

Por lo que hace al resultado de la lucha, yo he creído siempre, y creo ahora, que el triunfo será del partido del orden si la lucha viene pronto, y que será de la Revolución si la lucha viene tarde. Si el príncipe Luis Napoleón tuviera la necesaria osadía para ensayar un golpe de Estado durante la prorrogación de la Asamblea, su victoria me parecía cosa segura; si le ensaya después, tengo la victoria por dudosa; si no le ensaya hasta el fin, le tengo por perdido.

Fijada así la cuestión, ya iré poniendo á Ud. al corriente de todas las fases que vaya recorriendo.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARÍS, 1.º de Septiembre de 1851.

Muy señor mío: Reina en todas las regiones políticas la tranquilidad más profunda. La tribuna está callada: la prensa repite todos los días una misma cosa monótonamente: los partidos continúan en su trabajo de descomposición irremediable: el Presidente ni dice nada, ni hace nada, teniendo por cierto que, en las circunstancias actuales, la abstinencia es el más ventajoso de todos los partidos. Los Consejos Generales, reunidos en todos los departamentos de la Francia, discuten la cuestión de la revisión con la misma seriedad y con el mismo aplomo que si la cuestión fuera nueva, que si fuera importante, y que si la revisión, aun votada por los Consejos, como lo fué por la mayoría de la Asamblea, fuera una cosa posible.



Soía una cosa está en progreso, la candidatura del príncipe de Joinville: su progreso no consiste en que vaya ganando cierta boga y aura popular, sino que hasta aquí ha sido una candidatura propuesta, y ahora es, según todas mis noticias, una candidatura aceptada. El príncipe de Joinville, entregado á consejos de perdición, acepta una candidatura que acaba de derramar las fuerzas mal unidas del partido del orden; una candidatura en que un Príncipe Borbón va á darse en espectáculo al mundo, por primera vez en la Historia, como cortesano de las turbas populares; una candidatura en que un Príncipe que se llama Orleans va á sancionar la revolución misma que arrojó del trono al destierro, en un día nefasto, á Luis Felipe de Orleans, primero y último Rey de los franceses; una candidatura que, aceptada, obliga al aceptante, si es honrado, no sólo á condenar las pretensiones del duque de Burdeos, sino á protestar, si necesario fuere á mano armada, contra las pretensiones ulteriores del conde de París. ¡Método nuevo y peregrino de convertir los pueblos á la Monarquía, el que consiste en convertir á los Príncipes en republicanos!

De todos los síntomas que anuncian, en tropel y por todas partes, el próximo advenimiento de una revolución más profunda más radical, y, si cabe, más insensata que todas las anteriores, éste, sin ningún género de duda, es á un mismo tiempo el más alarmante y el más triste. La Europa no está expuesta á pasar de la Monarquía á la República por sobra de republicanos, sino por falta de Reyes. Los Reyes no faltan solamente por la extinción, sino también, y principalmente, por la decadencia moral y el envilecimiento de las razas reales. Cuando hay Príncipes tan contentadizos de suyo que se bajan para recoger una presidencia por no ser bastante altos para alcanzar una corona, Dios hiere de parálisis sus miembros; y no pudiendo los Príncipes entonces ni bajar ni levantar su brazo, estropeado é inútil, se quedan sin corona y sin presidencia.

Lo que hay aquí de más humillante para este mal aconse-

jado Príncipe, es que su candidatura no es otra cosa sino un medio para evitar que Luis Napoleón alcance el número de votos que la Constitución exige para ser elegido Presidente, sabiendo, como saben los que proclaman esta candidatura del príncipe de Joinville, que él no puede reunir el número de votos necesario para ser elegido por el pueblo. Esta candidatura, pues, no se presenta como una solución, sino como un obstáculo á una solución probable; no se presenta para que triunfe, sino para que imposibilite el triunfo ajeno; se presenta para que no haya elección, no para que sea elegido el candidato propuesto. De donde se sigue la más grande de todas las humillaciones para un Príncipe de una raza generosa y grande: la que consiste en declararle hábil sólo para evitar que otro candidato sea elegido Presidente.

Suponiendo que todo suceda como los orleanistas se lo imaginan, la elección del Presidente pertenecería de derecho á la Asamblea nacional, la cual por la Constitución, siempre que no hay candidato ninguno con la mayoría de votos que exige la ley, se convierte de Asamblea legislativa en colegio electoral y en Asamblea nominadora. Traída la cuestión á este terreno, piensan los partidarios de la candidatura de Joinville que el Príncipe sería designado por la Asamblea nacional con preferencia á Luis Bonaparte y á otro candidato cualquiera. La cuestión, empero, consiste en averiguar si, en las circunstancias actuales, son posibles estos trámites largos y enojosos, en presencia de una revolución irritada é impaciente, y si, supuesta la paciencia magnánima de la Revolución y supuesto el voto de la Asamblea, será el gobernar cosa fácil para un Presidente designado cuando ha sido imposible para un Presidente elegido. Luis Napoleón ha sido poderoso apenas para conservar la dignidad del poder, á pesar de la fuerza y del prestigio que tenía en calidad de elegido por seis millones de hombres; deo á Ud. ahora considerar cuál sería el prestigio y cuál la fuerza de un Presidente designado por designación indirecta de trescientos individuos de una Asamblea en el acto mismo de la



expiración de sus poderes. Yo, por mi parte, no tengo inconveniente en afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que un Presidente elegido en estas condiciones y por semejante número de votos no sería poderoso para resistir, ni un año, ni un mes, ni una semana, á las embestidas furiosas de las olas republicanas.

Este breve análisis de la situación actual probará á usted cuán angustiosa es y sin salida, cuán ciertos son los males, cuán justificado el temor, cuán grande el apuro y cuán difícil el remedio. Por lo demás, esta calma engañosa, precursora de la tormenta, se prolongará probablemente hasta el mes de Noviembre.

De Ud. afectísimo S. S. Q. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS, 6 de Septiembre de 1851.

Muy señor mío: La gravedad de todo lo que dice relación con las cuestiones de las candidaturas presidenciales me pone hoy la pluma en la mano para escribir á Ud. Sin duda ninguna habrá Ud. visto en todos los periódicos de esta capital de ayer y de hoy una carta que se supone escrita en París, y ha sido publicada por *El Times*, de Londres, á quien está dirigida. Usted debe considerar el contenido de esta carta como la relación oficial de lo ocurrido en Claremont con motivo de la visita hecha por M. Guizot y otras personas ilustres á la desgraciada y augusta viuda, y á los no menos desgraciados y augustos hijos del último Rey de los franceses. En esta carta hay, sin

embargo, algunas lagunas que llenar, y para llenarlas es para lo que principalmente escribo hoy á Ud.

La turbación del duque de Nemours al verse interpelado solemnemente por M. Guizot, fué grande, y grandemente visible, mientras que la serenidad de M. Guizot fué imperturbable. Como conociese este último que el Duque había formado el propósito de permanecer encerrado en la estudiada obscuridad de ciertas frases equívocas, manifestó el deseo de hablar del negocio con el mismo príncipe de Joinville, el cual parece que, receloso de lo que le había de suceder, hizo responder, á los que le anunciaron la vista de M. Guizot, que á la sazón se hallaba fuera de Palacio. El último y el más grande entre los Ministros de la última Monarquía se creyó entonces obligado en conciencia á declarar al duque de Nemours, respetuosa pero firmemente, que, llegado el caso, se creía en el deber de oponerse con todas sus fuerzas á una candidatura que rebajando al candidato, turbaría el reposo de la Francia.

Cuando volvió á Londres M. Guizot, tuvo una entrevista con él M. Jarnac, antiguo Secretario de la Embajada francesa cerca de S. M. Británica y hombre muy de la confianza de los Príncipes habitantes de Claremont; el cual, para inclinarle á variar de rumbo y de propósito, hubo de darle á entender que el príncipe de Joinville no se proponía llegar á la Presidencia sino para levantar el trono que había echado por tierra la revolución de Febrero; á lo cual parece que M. Guizot contestó que la Monarquía, si alguna vez había de ser restaurada, lo sería de diferente manera, no siendo, en su sentir, la mejor manera de restablecimiento el comenzar por jurar ante Dios y ante los hombres la conservación de la República.

Mientras esta escena pasaba en Londres, pasaba otra en Claremont de muy distinta especie; porque, según tengo entendido por relación de persona que debe estar bien informada, la duquesa de Orleans dió por aquel mismo tiempo á su notario M. Fremyn el encargo de asegurar á los amigos de las nuevas instituciones que si el príncipe de Joinville llegaba



á ser nombrado Presidente de la República no aceptaría este encargo honroso sino con el propósito firme de consolidar en Francia la libertad, y, como garantía de la libertad, la forma presente de su Gobierno.

Excuso hacer comentarios sobre estas dos declaraciones, que están comentadas por sí mismas: lo único que me propongo observar es que los republicanos ardientes no miran esta candidatura con enojo, y que si la combaten para conservar incólume su bandera, en donde no puede escribirse sin mengua el nombre de un Borbón, la combaten con una mesura que no se aviene bien con la ferocidad de sus instintos ni con lo destemplado de sus pasiones.

Entretanto, la prensa inglesa está unánime en condenar dura y amargamente la candidatura de Joinville; y por lo que hace á la francesa, si se exceptúan los pocos periódicos que reciben las inspiraciones de M. Thiers, y los republicanos, que la combaten de mala gana, todos los otros la denuncian como el aborto de una intriga, ó como el síntoma de turbulencias y catástrofes. *L'Univers* ha publicado un notabilísimo artículo sobre esta materia; *El Constitucional* publicó otro fulminante, y *El Diario de los Debates*, que había comenzado por declararse por esta candidatura con mayor entusiasmo del que acostumbra á poner en intereses tan altos y en cuestiones tan delicadas, ha aflojado de súbito, aparentando creer que á la hora presente no es todavía aquella una candidatura sujeta á discusión, sino una candidatura posible, que por su parte no desea.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Septiembre de 1851.

Muy señor mío: La situación política es hoy, con corta diferencia, la misma que quince días ha. Hay menos temores de golpe de Estado porque por parte de los depositarios de la autoridad hay mayor confianza en la victoria. Los personajes inquietos que han dado al público la candidatura del príncipe de Joinville se remueven ahora como antes y como siempre; la opinión pública, sin embargo, les abandona poco á poco, dejándolos entregados á sus insensatos proyectos y á sus estériles agitaciones.

No quiero decir con esto que la candidatura orleanista no sea ya un peligro grave; quiero decir solamente que el peligro no ofrece hoy día una gravedad igual á la que ha podido ofrecer durante el mes último. Por lo demás, nada prueba que la augusta familia de Claremont esté inclinada á abandonar ese sistema expectante, que hasta cierto punto ha menoscabado su honra, por sus visibles transparencias. Los Príncipes siguen siendo los servidores de la Francia; la Francia sigue siendo el ídolo de los Príncipes, prontos, como siempre, á sacrificar sus vidas, si necesario fuere, en sus altares. Los augustos huéspedes de Claremont olvidan sólo una cosa: que no es á los Príncipes de la sangre real, sino al Rey, al que se concede el insigne privilegio de darse en sacrificio por su patria, y á los Príncipes no corresponde otra cosa sino darse en sacrificio por el Rey.

Esta á lo menos era la moral de otros tiempos, cuando las familias, como los Estados, y sobre todo las familias reales,